

James Ellroy

Trece cosas que puedo contar sobre mí*

UNO

Los rasgos de carácter que me definen, que me han convertido en quien soy. Bien. Mi fe religiosa y la creencia en Dios. La sensación de que tenía un don que se desarrolló desde que mi padre me enseñó a leer con tres años y medio. El asesinato de mi madre en 1958, que suscitó en mí una inmensa curiosidad por todo lo relacionado con lo criminal, y que se transformó en una curiosidad por la historia criminal y social de Los Ángeles, y también de Estados Unidos. El hecho de que tengo un gran talento, una persistencia, una gran diligencia y una meticulosidad sobrehumanas. Y siempre soy consciente de que trato de ser mejor, de aprender de mis errores. Tengo una gran conciencia de Dios, de mis lectores, para mejorar y mejorar y mejorar como escritor. Así que he escrito libros cada vez más largos, libros distintos, utilizando diversos estilos. Los otros seis o siete atributos que podría añadir a eso para explicar quién soy... Vaya. Soy divertido, puedo hablar delante de público y sé cómo interpretar. Me gusta divertir a la gente. Y la gente no está acostumbrada a que los escritores le diviertan.

DOS

Mi mayor héroe no es escritor. Creo que ese hombre es el artista más grande que Dios y la civilización han creado jamás. Está por encima de los demás. En su genio, en su coraje. Él me enseñó más que nadie. Beethoven. Él es forma, revolución, contenido. Es el desencadenamiento del poder implícito en el lenguaje de los sonidos. Cómo hizo de su temperamento

* ... charlando amablemente con Rodrigo Fresán. La conversación se realizó el martes 16 de febrero en la biblioteca Jaume Fuster de Barcelona como parte del ciclo *El Valor De La Paraula*.

retorcido la psicología de la música. Y cómo ensancha todas las formas de música del momento. Lo que yo quiero ser es el Beethoven de la novela de intriga realista. Nunca seré el artista que fue Beethoven. Nadie lo será. Pero si te paseas por mi apartamento, verás un montón de fotos de una mujer llamada Erika Schickel —la mujer a la que amo— y de Beethoven. En términos de escritura, Beethoven es, para mí... yo mismo. En mi apartamento creo que hay seis fotos de Erika y cuatro fotos de Beethoven. Y algunas fotos del perro de mi ex mujer. Erika es artista y periodista, y le gusta Beethoven. Mucho de mi rutina depende de la presencia de Erika. A qué hora me levanto, si voy a trabajar o no, cuánto café bebo. Erika no conoce al perro de mi ex mujer.

TRES

Después de Beethoven, Don DeLillo. El Don DeLillo que escribió *Libra* sobre todo, aunque le sobre la autoconciencia. También el Don DeLillo que escribió la mitad de *Submundo*, que está muy lastrada por los excesos de la escritura y la autoconciencia. Yo no soy Don DeLillo. No tengo esa energía cerebral. Pero soy más apasionado y más inmediato. Yo me veo a mí mismo como un investigador privado de la historia, por eso me interesa *Libra*. *Libra* es la novela de DeLillo de 1988 sobre el asesinato de Kennedy. Plantea la teoría de que un tremendo trío de renegados de la CIA, enloquecidos exiliados cubanos de extrema derecha y agentes de la ley mataron a JFK, y que JFK fue responsable de su muerte porque traicionó a toda esa gente. Y que por las reglas con las que vivió, fue un traidor. El libro era tan bueno que supe que no podría escribir uno igual, especialmente sobre el asesinato, pero podría escribir otro, *América*, en el que los presagios del asesinato empezaran a nacer en 1958.

CUATRO

En 1979, yo tenía treinta años y era *caddy* en el campo de golf del club de campo de Bel-Air. El 6 de enero de ese año me puse a rezar. Había reunido notas para *Réquiem por Brown*, mi primera novela, el año anterior. Dije: «Dios, por favor, haz que este libro exista». Mi oración fue atendida y me puse en marcha. Supe que era un buen inicio y no he vuelto a mirar atrás. De eso hace treinta y un años.

CINCO

No leo. No tengo tele. No tengo móvil. No me conecto a Internet. No voy al cine. No consulto periódicos. Esta mañana estaba en mi hotel, desayunando, y a mi lado había gente hablando. ¡Han dicho que habían elegido presidente de Estados Unidos a un negro! ¡No tenía ni idea! Ah, el mejor chiste del mundo: un león se está follando a una cebra. La cebra mira por encima de su hombro y dice: «Mierda, cariño, ahí está mi marido. Simula que me estás matando». Los españoles tienen sentido del humor. Los suecos, no.

SEIS

Soy un hijo de puta grande, alto, guapo, brillante, sano y feliz. Vuelo por el mundo en primera clase. Me hospedo en grandes hoteles con excelente servicio. Tengo editores fabulosos. (Sí, te hacen trabajar de más.) La comida está buena, el público es bueno, lees, señalas con el dedo, dices que un león se está follando a una cebra y la gente se ríe. No está mal.

SIETE

Escribo cada frase hasta que creo que es perfecta. Escribo a mano. Escribo la mayoría de días. Corrijo con tinta roja. Lo mando a mi mecanógrafa. Ella lo mecanografía. Yo corrijo sus errores con tinta roja. Ella vuelve a mecanografiarlo. Un manuscrito de mil páginas. Lo he hecho veinte veces. Después lo envío a mi agente. Después lo repasamos. Y después él lo manda a la editorial.

OCHO

Contrato a investigadores para que recopilen hechos y cronologías y así no cometer errores en la escritura. Son muchas páginas. Para la *Underworld USA Trilogy* [formada por las novelas *América*, *Seis de los grandes* y *Sangre vagabunda*, todas publicadas en español por Ediciones B] mandé a una mujer a la República Dominicana. Volvió con gráficos, mapas, todo del periodo que me interesaba. Investigó el antiguo vudú. Ahora tengo los hechos. Ahora tengo un marco. Ahora tengo la libertad para hacer ficción dentro de un marco de hechos. Después lleno muchas, muchas páginas con notas. Después escribo un esbozo de cuatrocientas páginas, que en este caso acabó siendo ese libro. Tener una superestructura así de grande me

permite vivir extrapolando e improvisando en las escenas individuales. De modo que *Sangre vagabunda* está llena de risas, detalles, antecedentes de Don Crutchfield, patetismo. Es muy, muy denso, porque al ponerme a escribir sabía exactamente lo que había que decir. Porque me pasé un año construyendo la novela antes de trazar la primera palabra. Aun así, no había resuelto todo. Primero solucioné un libro, a la mitad del primero solucioné el segundo, cuando llevaba dos tercios del segundo solucioné el tercero. Tenía toda la intención de terminar esa trilogía, de escribirla, de publicarla y de que fuera grande. Con frecuencia pensaba que podía ser una Gran Novela Americana. Pero ¡sólo los europeos dicen que es una Gran Novela Americana! Los putos americanos, no.

NUEVE

Sobre mi estilo. Mi editor en Alfred A. Knopf me dijo: «Recorta algunas palabras de *L. A. Confidential*, es demasiado larga». Y yo hice mi trabajo: desarrollé el estilo telegráfico. Cuando me puse a escribir la secuela, *Jazz blanco*, en primera persona, el estilo —discursivo, anecdótico— me parecía soso. Vi que si recortaba y recortaba palabras encajaba con la voz del narrador, un poli de Los Ángeles follonero, paranoico y racista que se enamora de una cómplice de asesinato basada en una mezzosoprano sueca, Anne Sofie von Otter, en otoño de 1958. Después llevé ese estilo a sus últimas consecuencias en *Seis de los grandes*. Mi ex mujer, Helen Knode, también novelista (leed su libro *The Ticket Out*), me dijo: «¡Es demasiado difícil! ¡Vuelve a poner unas cuantas palabras!». Así que volví a meter palabras en el libro. Es un libro mejor.

DIEZ

A mi ex mujer también le debo en parte la caracterización de mis personajes femeninos. Mi querida amiga Helen Knode, mi ex mujer, mi segunda ex mujer, diciéndome: «¡Vuelve al corazón! ¡No seas tan frío! ¡No seas tan macho!». Así que Helen se divorció de mí y yo conocí a una mujer llamada Joan. Ella era judía, con gafas y el pelo negro y nos enamoramos. Fue tempestuoso. Ella es muy de izquierdas. Yo soy muy de derechas. Ella es atea. Yo soy un creyente devoto. También tuvimos nuestros problemas más allá de esto. Me echó. Me instalé en Los Ángeles. Conocí a una mujer

llamada Karen con dos hijas. Fue tempestuoso. Ella era más de izquierdas que yo. Me echó. Supuse que tenía dos opciones: o romper a llorar o escribir un libro cojonudo. Así que escribí un libro cojonudo. Karen lo ha leído. A Joan también le mandé un ejemplar, pero no me respondió.

ONCE

Una vez entré en un edificio y un dóberman me atacó. Y yo le pegué para salvar la vida. No me arrepiento. Me encantan los perros. Ladro como un perro. Y la leyenda es muy desproporcionada. Entraba en casas, como Crutchfield, y olía la ropa interior de las mujeres. En mis memorias, *Mis rincones oscuros*, afirmo: lo hice entre quince y veinte veces en total. Nunca me pillaron. Era un tipo raro; muy cauteloso, cobarde, circunspecto. Estaba dentro no más de veinte minutos o media hora. Veinte veces: eso suma diez horas. Me he pasado más de diez horas al día en bibliotecas públicas leyendo libros. Sí, entrar en casas ajenas tiene algo de leyenda. Yo era un delincuente menor. Sólo era peligroso para mí mismo. Lo más peligroso que había en mí era mi acné. Leer libros en una biblioteca no es tan dramático.

DOCE

Nadie cree en la versión oficial del gobierno, sobre la historia de España o la de Estados Unidos. Todos tendemos al escepticismo. Así que, ¿por qué no decirte de buenas a primeras que ésta es la verdad, aunque sean un montón de trolas y me las haya inventado yo? ¡Vas a creértelo! Te lo crearás si la infraestructura primaria de grandes acontecimientos públicos es creíble y los personajes de ficción interactúan convincentemente con los personajes de la vida real.

TRECE

Mi mejor libro es mi último libro, *Sangre vagabunda*. Después, mi investigadora debería terminar su trabajo en mayo de este año. Buscad *The Hilliker Curse*, en inglés y español, el año que viene.

Traducción de Ramón González Férriz.

Transcripción del inglés de Kati Krause.